

## DISCURSO DE RECEPCIÓN AL INGRESO COMO ACADÉMICO DE MÉRITO DEL ILMO. SR. D. ALFONSO VÁZQUEZ GARCÍA

Manuel Olmedo Checa

Académico de Número de la Academia Malagueña de Ciencias

**E**xcmo. Sr. Presidente de la Academia Malagueña de Ciencias, Sr. Presidente del Ateneo, querido y gran amigo Alfonso Vázquez.

Un saludo muy cordial a los ilustres miembros de las dos Academias de Málaga, Bellas Artes y Ciencias, a representantes de varios colectivos malagueños, a los familiares de nuestro beneficiario, y por supuesto muchas gracias a las personas que habéis querido asistir a esta solemne sesión académica.

Celebramos hoy el importante acto que supone recibir a un nuevo académico, con el que nos une una entrañable amistad, basada en mi admiración por su persona y por su trabajo y en el mutuo afecto que me unió a un ilustre miembro de su familia. Hoy, quien os habla no puede olvidar al abuelo de nuestro nuevo académico, D. Francisco García Grana, que fue inolvidable Alcalde de Málaga, con cuya amistad me honró.

Hoy el Ilmo. Sr. D. Alfonso Vázquez García es recibido en la más que centenaria Academia de Ciencias, en una institución nacida el año 1872 y de la que formaron parte muchísimas personas que cumplieron con el deber de trabajar por el progreso de las Ciencias y por el bien de Málaga.

El acto solemne que hoy celebramos responde en su desarrollo a un rito: el Presidente de la Academia abre el acto para recibirlo como Académico, el beneficiario lee su discurso de ingreso, y a quien les habla corresponde contestar a dicho discurso.

Esta contestación tiene tres partes:

- en la primera se da a conocer la biografía y los méritos de la persona,

- en la segunda se censura el discurso - en este caso la censura no es una crítica sino el dictamen que se hace de tal discurso-

- y la tercera es la impropia llamada *laudatio*, porque en verdad más adecuado sería llamarla elogio, puesto que no es otra cosa que una alabanza de las cualidades y méritos de la persona a la que se recibe en una Academia.

Pasemos pues a la biografía de Alfonso, que nació en Málaga el año 1970. Estudió en el Colegio de San Estanislao del Palo y luego se licenció en Derecho y en Derecho Comunitario por el CEU-San Pablo de Madrid. Posteriormente hizo el Máster de Periodismo de El País el año 1994.

Trabajó en *Diario Siglo XXI* de Guadalajara, México, en los periódicos malagueños *Diario 16* y *Diario Málaga*, y desde 1999 es redactor de local y crítico de libros en *La Opinión de Málaga*.

Lleva pues 23 años ejerciendo como periodista, y sobre el Periodismo versaron sus tres primeros trabajos publicados: *100 años de Noticias: Málaga 1900-2000*, publicado en 2002, *Crónica periodística del Turismo Andaluz*, de 2004, y la *biografía del inolvidable periodista Juan José Relosillas* en el libro *Malagueños en la Historia*, el año 2006.

La detenida observación del comportamiento de algunos conciudadanos, le llevaron en el siguiente año, 2007, a publicar una obra singular: *Teoría del majarón malagueño*, que constituye un ingenioso ejercicio de perspicacia y un conspicuo análisis de realidades humanas que no tienen desperdicio alguno.

A partir de entonces Alfonso comienza una notoria actividad literaria, en su mayor parte centrada en temas detectivescos con un altísimo componente humorístico.

Viena a sus pies, 2010.

Livingstone nunca llegó a Donga, 2011.

La Mirada de Málaga, 2011.

Lo que esconden las islas, 2013.

Aquiles hocica, 2013.

Crimen on the Rocks, 2014.

Los versos del río, 2014.

La Cochinchina existe, 2016.

La invasión de los hombres loro, 2016.

Son 9 títulos en 6 años, lo cual demuestra su laboriosidad, con la fortuna de que todos han alcanzado gran éxito, y a los que ha venido a unirse, apenas hace un par de meses, uno nuevo, *La memoria devuelta*, que es una curiosa y entretenida recreación gráfica e histórica, realizada junto con Manuel Carvajal. En este cuidado libro se patentiza el ingenio de sus autores, que nos muestran el ayer y el presente de 34 enclaves estratégicos de nuestra más característica geografía urbana.

Por último, debo destacar sus magníficas colaboraciones en la revista *Péndulo*, que como saben es ¡la mejor revista del mundo!

Estas obras han sido publicadas por las editoriales Rey Lear, Ediciones del Genal, Colegio de Farmacéuticos, Almuzara, Empresa Pública de Turismo Andaluz, Benedito y Reino de Cordelia.

Por esta amplia y destacada labor periodística y literaria, D. Alfonso Vázquez ha merecido diversos reconocimientos:

*Premio José María Torrijos* de Periodismo, de la Asociación Cultural Torrijos.

*Premio Jara Carrillo* de Relatos de Humor, del Ayuntamiento de Tomelloso.

*Premio Bombín* (José Luis Coll) de Novela Corta de Humor, Diputación de Cuenca.

*Premio Jerez Perchet* de Periodismo, que concede el Ateneo con la Uma.

*Medalla de Oro 2015*, de la Asociación Cultural Santa María de la Victoria.

*Premio Estrella Feniké* de la Cultura, de la Asociación Zegrí.

Y el *Premio García Pavón* de Narrativa Policiaca, del Ayuntamiento de Tomelloso.

En nuestra humilde opinión queda muy claro que nos encontramos con una persona con ya larga y fecunda trayectoria, cuyos méritos literarios han sido reiteradamente reconocidos.

Y ello aparte de su diaria y sabrosa actividad periodípor todos los malagueños

que leemos *La Opinión*. Su blog *La Ciudad* es un referente ineludible para quienes se interesan por el pulso de nuestra Málaga.

Hasta aquí su curriculum. Hablemos ahora del discurso que acabamos de oír.

Poco tenemos que decir de él: es un discurso interesante, pormenorizado, riguroso y perfectamente estructurado. Nos ha sabido a poco.

Es una magnífica muestra de su capacidad de investigar. Creo que Alfonso es un aguzado especialista en recuperar la faceta humana de la historia de Málaga, como acabamos de comprobar con el relato de la saga Creixell.

Y ahora vamos a hablar de Alfonso, de la persona. Vamos a la alabanza de quien hoy es recibido en la Academia de Ciencias.

Soy desde hace años un cercano observador de su trayectoria profesional. Nadie en Málaga puede decir que Alfonso haya dejado de atenderlo para que cualquier actividad o cualquier inquietud llegue a ser conocida por todos.

Y, personalmente, tengo la enorme satisfacción de proclamar agradecido que Alfonso Vázquez ha sido un elemento crucial para recuperar la olvidada e insigne figura del Teniente General Bernardo de Gálvez y Gallardo, lo cual, además de saldar una deuda histórica, supondrá importantes beneficios para Málaga y para España.

Alfonso es un científico de la ciencia de la Información y la Comunicación. He sido testigo en muchas ocasiones de su forma de trabajar: cómo indaga, cómo analiza y cómo procesa la información.

En realidad nuestro nuevo académico es un fiel reflejo de la armoniosa conjugación de dos clásicos principios epistemológicos: el empirismo y el racionalismo.

Su planteamiento recuerda a aquellos cultos ingleses que en el comedio del siglo XVII crearon en Londres la *Royal Society*, la Sociedad de Ciencias británica, que dos siglos más tarde sirvió de inspiración para que nuestra Academia naciera en el año 1872.

El lema que adoptaron aquellos intelectuales era una breve frase latina, derivada de una epístola de Horacio: *nullius in verba*, que quiere decir poco más o menos:

cuando investigas no te fíes de la palabra de nadie: compruébalo por ti mismo. Así se quiso enfatizar uno de los principios fundamentales del investigador: que, en la búsqueda del conocimiento, debe cerciorarse personalmente de los hechos que pretende analizar.

Por otra parte, en esa famosa Sociedad de Ciencias, de la que Isaac Newton llegó a ser presidente, se hicieron experimentos tan curiosos como el de un unguento que, aplicado a un arma, ya fuese una pistola o una espada, curaba las heridas que el arma había causado. Pero, tras varias pruebas –no sabemos cuántos heridos o muertos se produjeron– pudo comprobarse que aquel unguento no funcionaba...

En su labor periodística Alfonso no sólo se caracteriza por su inteligencia, su constancia y su perspicacia, comunes al investigador o al policía: tiene además otras dos singulares cualidades: tiene un gran sentido del humor y tiene un aguzado ingenio. Basten sus libros para demostrarlo...

De su demostrada preocupación por el Patrimonio de Málaga, hay un episodio que hoy merece la pena ser conocido por todos los presentes: en términos policíacos podríamos llamarlo “el caso los cinco kilos”.

Y es que Alfonso tuvo la fortuna de recibir el aviso de que junto a un contenedor de basura alguien había abandonado una bolsa que pesaba unos cinco kilos y que contenía numerosas fotos históricas de Málaga.

Alfonso evitó que la bolsa con las fotos terminara en el vertedero, y hoy la Academia de Ciencias –al igual que el Centro de la Imagen de la UMA– tiene ese conjunto de valiosas imágenes a disposición de quienes quieran conocer algo más de nuestro pasado siglo XX.

En este acto no puedo ni debo dejar de decir cuatro palabras para señalar mi modesta opinión sobre los deberes que impone pertenecer a esta histórica Academia, nacida el año 1872. El que sea histórica no significa que sea antigua. Antiguos somos ya muchos de los que formamos parte de la institución. Por ello es bien recibida esta savia nueva, que vivifica, que aporta iniciativas e inquietudes, que se compromete a mantener una larga tradición con nuevos sistemas y herramientas.

Consecuentemente parece ahora oportuno desmitificar un poco el papel de las

academias. Hay que recordar que, a fines del siglo XVII, cuando en la Francia del famoso cardenal Richelieu se creó la academia de la lengua francesa, el lema que se escogió para ella fue *La inmortal*, refiriéndose obviamente a la lengua gala.

Esa es la causa de que algunos petulantes comenzaran a llamarse a sí mismos “inmortales”. Constituye pues una perversión que algún académico, sobrado de soberbia y arrogancia, olvide que su principal deber es servir a la sociedad con su inteligencia y su trabajo. Pero claro... en esta vida –y también en cualquier academia– ya sabemos que existen los “pavos reales”.

En la Academia francesa los “inmortales”, además de un vistoso uniforme, llevan espada. Menos mal que nosotros los académicos españoles no la llevamos. ¡La seguridad primero! Y no se crean que exagero: es bien conocido que en el último tercio del siglo XIX, dos académicos de Bellas Artes de San Telmo comenzaron a discutir en la Alameda... y acabaron a bastonazos. Menos mal que no llevaban espada...

Aún hay otra anécdota que hoy no me resisto a recordar, por más que sea bastante conocida, siquiera sea para “desmitificar” un poco ese áurea con la que a veces se rodean algunos académicos.

Se cuenta que el conde de Romanones, ilustre abogado y destacado escritor, cuando ya era un político de bastante nivel, le picó el gusanillo de llegar a ser académico de la Real Academia Española, más conocida por el mote de Academia de la Lengua.

Habló con todos los académicos, todos le prometieron su voto y tres de ellos lo propusieron como candidato a la primera vacante que se convocara.

Así ocurrió. Y pasado casi un mes, el día de la votación, Romanones aguardaba impaciente el resultado en un café cercano al paseo del Prado. Inquieto por la tardanza envió a su secretario a la Academia para que se enterara del resultado. Volvió éste mohíno y le dijo: *Don Álvaro, siento comunicarle que no ha habido suerte...* Y el conde, resignado, le preguntó: ¡Vaya! Pero ¿cuántos me han votado? Y el secretario le contestó: ¡ninguno! ¡Ni siquiera los que le han propuesto!

Dicen que al oírlo, Romanones exclamó:  
¡Jó, qué tropa!

Pero volvamos a lo que hoy nos convoca.  
En los tiempos presentes:

¿Qué se puede exigir a un académico que recibe el honor que hoy la Academia confiere al Ilmo. Sr. D. Alfonso Vázquez García? ¿Qué se espera en nuestros días de nosotros los académicos?

Pues diríamos que corresponder a tal honor actuando con responsabilidad, trabajando con humildad, con rigor, con objetividad y con ecuanimidad, asumiendo el honor como un reto y como un deber, y aceptándolo con el compromiso de continuar trabajando aún con más ahínco para contribuir al progreso de las ciencias y al bien de la sociedad que nos rodea.

Hoy, en esta casa que tan generosamente nos acoge, tampoco podemos permitirnos dejar de recordar a un gran malagueño, a quien en nuestro humilde criterio es el más grande hombre de estado que ha habido en nuestra Nación, y que al igual que nuestro querido Alfonso, fue periodista y abogado.

Presten atención por favor a lo que este personaje escribió en el primer número del periódico que con varios amigos fundó en Málaga en 1845, y que si hoy podemos citarlo es gracias a otro periodista, D. Luciano González, un valioso pilar de esta casa:

*Grandes y extraordinarias mudanzas deben verificarse a no dudarlo en el presente siglo, desde que en el comedio de la pasada centuria se abrió una lucha atroz entre la sociedad antigua y la nueva.*

Antonio Cánovas del Castillo, el gran olvidado y tantas veces injustamente tratado, nos estaba diciendo ¡cuando tenía 17 años recién cumplidos! que el Diecinueve sería el siglo en el que la Cultura sería el camino que nos habría de conducir a la Democracia, por más que el camino llegaría a ser largo y tortuoso.

De la grandeza intelectual de Cánovas baste decir que fue presidente de las cinco reales academias que existían en su época y en tres ocasiones fue elegido presidente del Ateneo de Madrid, cargo que ostentó durante un total de ocho años.

De él, ante la sorpresa del periodista Juan Marichal, dejó dicho un gran socialista, D. José Prat –que también llegó a ser presidente del Ateneo de Madrid– *Cánovas ha sido la figura política más importante de la historia de España.*

Pero creo que es llegado ya el momento de concluir.

He intentado demostrar que la elección de la Academia de Ciencias fue muy acertada. Tenemos en el Ilmo. Sr. D. Alfonso Vázquez García un auténtico valor, y de él albergamos el convencimiento de que continuará progresando en su loable trayectoria de servicio a la Ciencia y a Málaga.

Mi más efusiva enhorabuena a tan querido y admirado amigo, mis felicitaciones a su familia, y muchas gracias a todos quienes hoy han querido acompañarle compartiendo con Alfonso este tan solemne y emotivo acto.